



Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 • Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 24 DE FEBRERO DE 1962

NUM. 113

Depósito legal: M. 1.052.—1958

TRIBUNA LITERARIA

EL ROMANTICISMO MADRILEÑO

JUAN ANTONIO CABEZAS

Quando Dostoyewski regresó a Moscú, después de permanecer cuatro años en Siberia, escribió este razonamiento: "El nihilismo se produjo entre nosotros porque aquí, en Rusia, todos somos nihilistas." Algo parecido podía decirse del Romanticismo en la "reina gobernadora". No era solo el Romanticismo europeo de importación que traían en sus maletas los liberales —políticos y literatos— que habían huido del terror desencadenado por Fernando VII y su valido Calomarde, que volvían amnistiados generosamente por María Cristina de Borbón. En España estaba el terreno abonado después de la liberalización de la reina napolitana, para que arraigasen las ideas desordenadas, los sentimientos excesivos, las apasionadas y desmelenadas actitudes que caracterizan el Romanticismo.

El Romanticismo español, madrileño —porque aquí se concentraron los escritores y los políticos más representativos— fue un producto de Ateneo, café de la Puerta del Sol y "Parnasillo" de la calle del Príncipe. También el Romanticismo francés fue, más que nada, un producto parisiense. El español inicia su ofensiva en los años treinta y mantiene su vigencia y virulencia durante unos treinta años, hasta el destronamiento de Isabel II.. Poco después moría Bécquer, su flor más perfumada de romanticismo, en cuyas "Rimas" culminan su esencia y su decadencia. Durante ese tiempo, el Romanticismo, cuyo foco está en Madrid, es mucho más que una moda literaria: es también una rebeldía estética y política, que se oponía al racionalismo y al neoclasicismo del siglo XVIII. Fue también una actitud

mental ante la vida. Y no diré filosófica, porque el Romanticismo tiene más de temperamental que de filosófico. Obra más por impulsos vitales —existenciales se dice ahora— que por decisiones elaboradas a base de serenos razonamientos.

La atmósfera española, en los años de los dos gobiernos femeninos, María Cristina y su hija Isabel, con el paréntesis de la Regencia de Espartero, estaba tan cargada de "efluvios" románticos, de aquel falso sentimentalismo, de aquellas pasiones versificadas, aquellos periódicos exaltados, aquellos ceremoniosos duelos, con pistolones de chispa y testigos de chistera, que bastaba el aire para contagiar la epidemia romántica. En pocos años lo invade todo: el trono, la cátedra, los cuartos de banderas, el Parlamento, el hogar, el teatro, el libro, la vía pública. Se hace romántico el arte, la política, la poesía, el amor. Hasta la guerra carlista de "los siete años" es una guerra típica de guerrilleros y caudillos románticos. Se hacen románticos los poetas, los políticos, los pundonorosos y bigotudos brigadieres. Las mujeres jóvenes van metidas en duros corsés que modelan —¡ay, tan lejos de la realidad!— las gráciles siluetas. Todas llevan unos tirabuzones que les anían el rostro y están de moda los ojos co-

lor tabaco y los cutis pálidos. Saben el "lenguaje de las flores" porque en los colegios para "niñas distinguidas" lo aprendían al mismo tiempo que a rezar y a tocar el piano. Están de moda las camelias, esas rosas de China que se aclimataron en los jardines y los folletines europeos con la obra de Dumas. La enfermedad de la época es la tisis, que se diría contagiada por las novelas, en vez de por los todavía desconocidos microbios de Koch.

Una anécdota histórica servirá de ilustración a nuestro razonamiento. La "reina gobernadora" se traslada al Real Sitio de San Ildefonso. Sobre el polvo de la carretera castellana rueda la pesada y suntuosa carroza. La marcha se hace penosa en las revueltas de Navacerrada. De la piel de los caballos salen borbotones de espuma. La carroza y su escolta alcanzan por fin la cumbre. Ya los pinos de Balsain devanan entre sus hojas hilos de brisa, cuando ocurre dentro de la carroza un inesperado accidente. De la graciosa naricita de Su Majestad cae sobre su falda una gota de sangre, otra, otra... Pronto se declara una fuerte hemorragia nasal. Cuando esto ocurre con una nariz de reina, el hecho puede hacer cambiar muchas cosas, hasta el rumbo de la Historia. El ligero incidente fisiológico tiene una complicación grave. Lo primero provoca un conflicto de protocolo. A la dama de compañía se le agotan los pañuelitos de encaje y fina batista. El oficial que manda la escolta cabalga a pocos pasos de la portezuela. La dama recurre a él. Le pide un pañuelo, que el oficial se apresura a ofrecer respetuoso y galante. Cuando pocos minutos después la dama se

METORMON®

Propionato de dromostanolona
SYNTEX

TRATAMIENTO HORMONAL DE LAS METASTASIS DEL CARCINOMA MAMARIO



lo devuelve, manchado de tibia sangre real, el oficial, antes de guardarlo en el bolsillo, lo besa con pasión. La joven viuda de Fernando VII sorprende aquel beso, mira con ojos tiernos al apuesto jinete y suspira soñadora. La enfermedad afecta ya al real y apasionado corazón. El oficial se llama Fernando Muñoz. Lo que ocurre después, también es romanticismo.

El romanticismo madrileño tuvo su culminación aquel martes de Carnaval. Martes y trece. Trece de febrero de 1837. (Cuando se da en el calendario esta coincidencia muchos espíritus simples se echan a temblar. Y a veces el Destino se complace en gastarles una broma. Realiza la desgracia que temen.) En este martes de Carnaval, Madrid sufre el aletazo de lo fatal. Mientras la mascarada callejera irrumpe en la Puerta del Sol y los tertulios del "Parnasillo" en la calle del Príncipe, hacen planes para la diversión nefanda, en un cuarto de la calle de Santa Clara una niña de pocos años se mancha los zapatitos de raso en la sangre de su padre. ¿No es éste el más triste y sentimental folletín que produjo el romanticismo madrileño? La niña es hija de Mariano José de Larra. "El pobrecito hablador" se ha callado para siempre. Larra no envenena corazones ingenuos con la narración de sus amores desventurados. Se mata. Acaso quiere contribuir con su trágico designio a la desintoxicación de aquella epidemia romántica. Pero el romanticismo era más fuerte. La fiebre romántica sube hasta provocar el delirio. En España se toman las cosas demasiado en serio. El Romanticismo no se queda en una inquietud artística o en un movimiento intelectual. El Romanticismo español tiene un acento de sinceridad trágica. No produce un héroe de ficción, como Werther. El verdadero héroe de nuestro Romanticismo es Larra, que firma con sangre su última página, su desesperación amorosa con un pistoletazo. Para Larra no es el Romanticismo un desahogo de emociones individuales como para Goethe, ni una escuela literaria como para Víctor Hugo. Para Larra, el más real y legítimo nieto de Werther, su romanticismo tiene las características quijotesacas de lo español. Es la suya una actitud rebelde contra el Destino. Larra, demasiado sincero, no mata sus pasiones atribuyéndolas a sus personajes. Las sufre, lucha con su demonio interior y se convierte en un auténtico personaje de folletín.